

Theodore Sturgeon

Extrapolación

Y otros
cuentos



Una antología que resume distintas etapas de su extensa obra literaria... desde el ingenio y la emoción de «Extrapolación», hasta la acción y la aventura de «Los ícubos del Paralelo X»

Incluye los siguientes relatos:

1. Extrapolación
2. Los riesgos de la sinergia
3. El corazón
4. Los ícubos del paralelo X

Extrapolación

Éste podría ser llamado un cuento «olvidado» en el sentido que, a través de los años, ha sido pasado por alto por los antologistas y, sin embargo (lo dicen autoridades idóneas), es una de mis obras mayores. Sé que cuando lo exhumé para este volumen y lo leí, concluí con auténticas lágrimas (increíble) en los ojos. Dejé que lo viera Groff Conklin (un buen editor) y confesó que lo hizo llorar. Fue Howard Browne quien compró esta historia y recuerdo repentinamente las circunstancias, porque fue la única ocasión que me ha ocurrido una cosa así en mi vida. Entré con ella y dije: «Mira, Howard, agradecería que me informaras pronto respecto a esto, porque...». Me interrumpió: «¿Estás en un apuro? Aguarda un instante. —Tomó el teléfono y preguntó—: ¿Departamento de contabilidad? —y después me preguntó—: ¿Qué extensión tiene? —Se lo dije. Howard miró al cielo raso por un instante, calculando, y luego ordenó por el teléfono—: Envíen a mi oficina un cheque para Theodore Sturgeon por (mencionó una cifra) en pago de un relato llamado *Extrapolación*». «¡Pero Howard! —exclamé—, ¡ni siquiera lo has leído todavía!». Encogió sus hombros de oso kodiak. «No necesito leerlo y tú lo sabes».

Difícilmente lo hacen así todavía.

* * *

—Léalo usted misma —dijo el mayor.

Ella tomó el haz de copias de su mano y por un instante fijó en él esa extraña mirada seca. «La mujer está aturdida», pensó e hizo lo que pudo para apartar los otros dos recuerdos que tenía de ojos como éstos: un gorrión herido que había muerto en su mano; su sobrina de cuatro años, cuando la abofeteó, y el largo momento insoportable entre el impacto y sus lágrimas.

La señora Reger leyó lenta y cuidadosamente. Su cara dormía. Sus ojos reflejaban y no transmitían. Sus manos largas fueron más vulnerables. El mayor oyó el murmullo del papel de copia; luego apoyó el dorso de sus dedos sobre el mantel. Cuando terminó al fin, puso el informe otra vez sobre la mesa, suave, muy suavemente, como si pudiera romperse. Permanecieron mirando el informe y su sello azul: SECRETO RIGUROSO. Al fin dijo:

—Es la cosa más sucia que ha hecho nunca un ser humano.

Después, su boca volvió a dormir.

—Me alegra que esté de acuerdo —replicó él—. Temía que... —y entonces, la mujer estaba mirándolo otra vez y no pudo seguir.

—Creo que no lo entiendo —rectificó sin entonación—. Se refiere al informe. Pensé que se refería a Wolf Reger.

—Eso era lo que temía —explicó el mayor.

La señora miró el informe.

—Wolf no es así. Wolf puede ser muchas cosas..., cosas que son difíciles de comprender. Pero no es un traidor —el mayor vio levantarse su cara y volvió la cabeza, para evitar esos ojos lastimados—. Creo —dijo serenamente— que es mejor que se vaya y se lleve esas mentiras.

Él hizo un movimiento hacia el informe.

—Señora Reger —gritó de pronto—, ¿piensa que estoy disfrutando de esto? ¿Cree que me ofrecí para esta misión?

—No había pensado respecto a usted en absoluto.

—Inténtelo —sugirió él con amargura. Añadió—: Lo siento. Toda esta cosa... —se dominó—. Quisiera poder

creerle. Pero tenemos que entender que un hombre murió para hacer ese informe y hacerlo llegar a nosotros. No tenemos otra alternativa que tomarlo como verdad y actuar consecuentemente. ¿Qué otra cosa podemos hacer?

—Haga lo que quiera. Pero no me pida que crea falsedades respecto a mi esposo.

Al observarla, sintió que si perdía ese control magnífico, sería más de lo que podía soportar él. «Dios —pensó—, ¿dónde halló una rata como Reger una mujer así?». Con tanta suavidad como pudo, dijo:

—Está bien, señora Reger. No necesita creerlo... ¿Puedo decirle exactamente cuál es mi misión?

Ella no respondió.

—Fui comisionado para obtener de usted todo lo que pueda tener alguna relación con... este informe —señaló—. Que lo crea o no, es indiferente. Tal vez si me dice lo suficiente respecto al hombre, no lo creeré. Quizá —agregó, sabiendo que su voz carecía de convicción— podamos absolverlo. ¿No le agradecería ayudar a limpiar su nombre?

—Él no lo necesita —contestó ella impacientemente. Después, cuando el mayor emitió un sonido débil, exasperado, dijo—: Lo ayudaré. ¿Qué quiere saber?

Todo el alivio, toda la gratitud y todo el desagrado hacia esa clase de trabajo, estaban en su voz.

—Todo. ¿Por qué podría hacer algo así? —y añadió rápidamente—: O por qué no lo haría.

Ella le habló de Wolf Reger, el hombre más odiado en la Tierra.

* * *

«Cuídate de la cólera de un hombre paciente».

Wolf Reger tenía tantos talentos, que era imposible enumerarlos. Con ellos, tenía dos características que eran ex-

tremas. Una era el desamparo. La otra, una furia explosiva que atacaba sin aviso aun al mismo Reger.

Su desamparo emanaba de su exceso de habilidad. Cuando lo obstaculizaban, era demasiado fácil para él destacar en algún otro aspecto. Era difícil hacer que se preocupara mucho por nada. Lo robaran, lo rechazaran, se aprovecharan de él..., eso no importaba. En un día o una semana podía encontrar algo mejor. Por esto era robado y rechazado, y se aprovechaban de él.

Su furia era su único terror. Cuando tenía ocho años, estaba persiguiendo a otro niño..., era divertido; corrían, reían y serpenteaban por la gran casa del niño. Y en el mismo apogeo de la hilaridad, el otro pequeño salió y cerró la puerta francesa en la cara de Wolf y permaneció sonriendo a través del vidrio. Wolf golpeó instantáneamente el vidrio con el puño. El vidrio de doble grueso se rompió. Wolf se cortó dos tendones y una arteria de la muñeca, y el otro niño cayó jadeando, con la sangre de su carótida manando entre sus dedos impotentes. El niño se salvó, pero el efecto para Wolf fue peor que si hubiera muerto. Su rabia había durado quizá tres microsegundos y, cuando desapareció, lo hizo por completo. Difícilmente podría llamarse locura a una cosa tan breve..., ni siquiera ceguera. Pero dejó al niño con una convicción profunda del hecho que un día este relámpago atacaría y se desvanecería y él se hallaría mirando un cadáver.

Nunca volvió a correr y a gritar. Vivió cada momento de los cuatro años siguientes bajo la presión de su propia voluntad, dominando lo que sentía que era un demonio interno, analizando cada situación que encontraba, en busca de la posibilidad más remota a que ésta volviera a la vida. Con esa posibilidad visualizada, evitaría la situación. Por tanto, se privó del béisbol en los llanos y de los bailes en la escuela; de las competencias y de las actividades colectivas; de la amistad. Fue aplicado en la escuela. Tuvo poco éxito con sus compañeros.

Cuando tenía doce años, hubo una situación que no pudo esquivar. Entonces estaba en su segundo año de escuela de segunda enseñanza y todos los días, por tres semanas, un musculoso estudiante de segundo año, del doble de su talla, lo abordaba en su camino de inglés a geometría de segundo curso, rodeaba su cuello con un grueso brazo y presionaba su cráneo con los nudillos. Wolf lo soportó y lo resistió y, un día, se libró de él y lo golpeó. Era pequeño y delgado, y lo más posible es que lo sorpresivo de su ataque haya sido más efectivo que su potencia. Las piernas de ambos se enredaron y el muchacho más grande perdió el equilibrio. Golpeó el piso de mosaico con la cabeza y yació inmóvil, con los labios blancos y la sangre saliendo de un oído. Por seis semanas no se supo si viviría o no. Wolf fue expulsado de la escuela el día que ocurrió y nunca asistió a otra. A partir de entonces, nunca se atrevió a enojarse.

Era fácil aborrecer a Wolf Reger. Superaba a cualquiera con quien trabajara y no agradaba a nadie por eso. Claudi-caba ante cualquiera que quisiera lo que tenía él y fue despreciado por eso. Se comunicaba, pero no conversaba. Rechazaba inmediata y enérgicamente cualquier clase de compañía, al parecer porque no la necesitaba, pero en realidad porque no se atrevía a dejar que nadie se acercara a él. Y su habilidad básica era la extrapolación..., la capacidad para proyectar todo factor concebible, en una situación, hacia toda conclusión posible. Eligió su trabajo en esta forma. Escogía sus restaurantes de esta manera, sus ropas..., todo lo que hacía y lo que era. Vivió para esquivar a otros, para protección de ellos mismos.

Tuvo dos grandes éxitos: un proceso químico y un aparato electrónico. Eso le enseñó bastante concerniente a la fama para evitarla. La fama significaba gente, reuniones, asociados. Después de eso, dejó que otros gozaran del crédito por lo que hacía él.

Contrajo matrimonio a los treinta años.

* * *

—¿Por qué?

La pregunta colgó ofensivamente del aire entre ambos por un tiempo apreciable, antes que el mayor descubriera que había hablado en voz alta e incrédula.

Ella inquirió con cuidado:

—Mayor, ¿qué tiene hasta ahora en sus notas?

Él bajó la mirada a los pulcros renglones de símbolos.

—Unos pocos hechos. Unas pocas conjeturas.

Con una precisión que lo estremeció en su silla, la mujer dijo fríamente:

—Lo tiene descrito como un pequeño genio tortuoso, con todas las razones para odiar a la Humanidad. Si no estuviera segura de eso, yo no proseguiría. Mayor —añadió de pronto con voz diferente—, suponga que le dijera que iba caminando por la calle y que un hombre a quien nunca había visto en mi vida me gritó repentinamente, me derribó, me golpeó y me arrastró por el arroyo. Suponga que tuviera cincuenta testigos presenciales de lo que ocurrió. ¿Qué pensaría de ese hombre?

Él miró sus cabellos lacios, sus facciones fuertes, obedientes. A pesar de sí mismo, sintió una rabia quijotesca hacia el atacante, aún en hipótesis.

—¿No es obvio? El hombre tendría que haber sido un ebrio, un psicópata. Cuando menos, tendría que haberse engañado, pensar que usted era alguna otra persona. Incluso así, sólo un canalla haría algo de ese grado a una mujer —descubrió de pronto la facilidad con que ella lo había desviado del tema y se sintió enfadado—. ¿Qué relación tiene esto...?

—Ya lo verá —atrajo su mirada y él tuvo la sensación que ella por primera vez estaba examinándolo, mirando sus ojos, su boca; mirándolo como a un hombre, en lugar de

una inevitable máquina parlante en uniforme—. Espero que lo verá —agregó, pensativa. Siguió luego—: Quería saber por qué se casó conmigo.

«El ejército desea saber eso —rectificó en silencio—. Yo quisiera saber por qué se casó usted con él».

* * *

La mujer se suicidó.

Explicó inexorablemente la razón al mayor y éste dejó el lápiz a un lado hasta que concluyó esa parte del relato. Éste era un informe sobre Reger, no respecto a su esposa. Sus razones fueron buenas, en su tiempo, y constituyeron una historia de desilusión y derrota, que ha sido y será contada una y otra vez.

Salió trastabillando al desierto y caminó hasta que cayó; hasta que estuvo segura que no habría rescate; hasta que escasamente tuvo fuerza para levantar el frasco y beber. Recobró el conocimiento ocho meses después, en un alojamiento para civiles casados, en la Base Espacial Dos. Había estado muerta dos veces.

Pasó mucho tiempo antes que supiera lo ocurrido. Reger, quien no se permitía moverse entre la gente, hacía ejercicio por las noches y la encontró; había caminado hasta cerca de la Base sin saberlo y Reger casi tropezó con su cuerpo. No era un cuerpo pequeño y él no era un hombre grande, pero en alguna forma la llevó a su alojamiento, un cuarto con baño tan próximo a la orilla del área como podía estar, sin salirse de la Base. Aún estaba viva..., escasamente.

Nadie, excepto Reger, podía saber cómo la salvó. Sabía que se encontraba narcotizada o envenenada y agotada. Halló el medicamento exacto para impedir que se alejara más de la vida, pero por semanas no pudo hacerla reaccionar. Hacía el trabajo para el cual fue contratado y además la

atendía y nadie supo que estaba ahí. Su corazón se detuvo en dos ocasiones y él lo hizo funcionar nuevamente, una vez con adrenalina y otra con un *shock eléctrico*.

Su sistema nervioso se hallaba dañado. Cuando comenzó la convalecencia, él inició la terapia con drogas. La mantuvo paralizada, sumida en la inconsciencia, para que el lento proceso de restablecimiento pudiera proseguir sin obstáculos. La alimentación la realizó por vía endovenosa.

Y continuó su trabajo y nadie supo nada.

Y entonces, un día, llamaron a la puerta. Un cuarto y un baño; abrir la puerta era abrir toda la habitación a un intruso. Ignoró el llamado y se repitió otra y otra vez, tímida, pero insistentemente. Extrapoló, como siempre, y le desagradó la conclusión. Una mujer en su alojamiento de soltero creaba una situación que sólo podía significar gente y la gente habla y habla..., y la molestia repetida, atenuada, que más temía entre todas las cosas.

La tomó en sus brazos, la llevó al cuarto de baño y cerró la puerta. Luego contestó al llamado. No era nada importante..., una mujer que estaba haciendo una colecta para una fiesta del Día de Gracias, para los huérfanos del pueblo. Extendió un cheque y se libró de ella, gruñendo repetidamente que nunca debía volver a molestarlo..., y que hiciera correr la noticia. Eso y la magnitud del cheque dispuso de ella y de cualquiera como ella.

La reacción casi lo hizo desplomarse, después que la mujer se había retirado. Supo que no podía prevenir las circunstancias que podrían hacer que fueran otras personas con otros motivos. Una falla de energía, un incendio, incluso muchachos curiosos o un fisgón; la ley de probabilidades indicaba que a pesar de su reputación de ser un recluso, a pesar del aislamiento de su alojamiento, alguien tenía que descubrir su secreto. Ella había estado ya con él por cuatro meses. ¿Cómo podría explicarlo? Los médicos sabrían que estuvo bajo tratamiento por algún tiempo; la

gente de la Fuerza Aérea y las esposas parlanchinas harían sólo Dios sabía qué clase de escándalo respecto a eso.

Así que se casó con ella.

Necesitó otras seis semanas para fortalecerla lo suficiente para moverla. La llevó a un pueblo a doscientos cincuenta kilómetros de la base y contrajo matrimonio con ella en la habitación de un hotel. Estaba bajo la influencia de un hipnótico aplicado con habilidad e instruida cuidadosamente. No supo nada en la ocasión y no recordó nada después. Reger solicitó luego un alojamiento para casado, la llevó a la base y continuó su terapia. Que atisbaran. Se había casado y su esposa no únicamente estaba enferma, sino era tan antisocial como él.

* * *

—Ahí está su andróbago —dijo la señora Reger—. Pudo haberme dejado morir. Pudo haberme puesto en manos de los médicos.

—Usted es una mujer atractiva —indicó el mayor—. Usted era eso y además un desafío..., dos clases de reto. ¿Podía mantenerla viva? ¿Podía hacerlo mientras cumplía con sus obligaciones? Un hombre que no compite con la gente, por lo general encuentra alguna otra cosa para enfrentarse a ella.

—Es bastante imparcial mientras aguarda todos los otros hechos —comentó ella amargamente.

—No lo soy —respondió él y se sorprendió agregando—. Es nada más que no puedo mentirle a usted.

Hubo en la última palabra un leve énfasis que deseó poder borrar.

La mujer lo pasó por alto y continuó su historia.

* * *

Debió tener alguna clase de conciencia mucho antes de notarlo. Nació otra vez, poco a poco, consciente de la comodidad y la seguridad, de una alternación de luz y oscuridad, una apreciación difusa de la forma en que eran satisfechas sus necesidades, una anticipación semiconsiente de su regreso cuando se encontraba sola.

Él la rodeó de música: el fonógrafo automático cuando se hallaba ausente, el piano cuando estaba en casa y sin otra cosa que hacer. La música era su gran escape y escapaba profundamente en ella. La mujer había sido aficionada a la música toda su vida y reconoció en el hombre silencioso una sensibilidad asombrosa. La seguridad y la influencia de la música ampliaron su conciencia de una delgada línea a un sendero amplio, hacia adelante y atrás, al pasado y al futuro. Mientras más avanzaba trastabillando, más apreciaba su presente. Por esto, yació en silencio por muchos días, cuando pudo haberle hablado, tratando de entender. Cuando al fin estuvo preparada, lo atemorizó intensamente. Nunca había soñado que nadie pudiera ser tan tímido, tan humilde. No sabía que un ser humano pudiera sentir tanto desagrado hacia sí mismo. No obstante, poseía fuerza interior y recursos ilimitados. Era eficiente por completo en todo lo que hacía, excepto en su esfuerzo por hablar con ella.

Le habló, con terror en los ojos, de su matrimonio y le suplicó que lo perdonara. Parecía que una palabra áspera de ella lo destruiría. Y ella sonrió y le dio las gracias. Él se alejó en silencio y se sentó al piano, aunque no lo tocó otra vez mientras ella estaba allí.

Después de eso, ella se recuperó muy rápidamente. Hizo todo lo posible por entenderlo. Consiguió hacerlo hablar de sí mismo y tuvo cuidado de no ayudarlo nunca, ni de trabajar con él en nada. Nunca la tocó. Ella comprendió que no lo haría, hasta que estuviera preparado para hacer-

lo, así que jamás insistió. Se enamoró de él completamente.

En ese tiempo, el *Starscout* se hallaba terminado y estaban haciendo las últimas pruebas. Reger se veía obligado a pasar más y más tiempo en el área de lanzamiento. Algunas veces trabajaba cincuenta o sesenta horas seguidas y aunque odiaba verlo volver trastabillando a casa, tenso y fatigado, esperaba con ansia estas ocasiones, porque en su sueño más profundo ella podía entrar de puntillas a su habitación, sentarse cerca de él y observar su cara, estudiarlo sin la rigidez del control, encontrar en él al niño de ocho años, aterrorizado y con sangre manando de la muñeca, viendo a un compañero de juegos con la garganta cortada. Podía aislar en él al poeta, al pintor, hablando, creando y expresándose sólo en música, pues no podía confiar en las palabras y en las formas. Lo amó. Podía aguardar. Quienes aman el amor y los que se aman a sí mismos no pueden esperar. Los que aman a otra persona sí pueden y lo hacen. Así que lo observaba silenciosamente y salía de puntillas cuando se movía.

Sus extrapolaciones nunca cesaban y tuvo noción antes que ella del hecho que, no siendo un Wolf Reger, sus necesidades eran diferentes a las de la mujer. Sugirió que se paseara al sol cuando él se encontraba ausente. Le dijo dónde estaba el expendio de alimentos y provisiones, y le dejó dinero para que fuera de compras. Ella hizo lo que él esperaba que hiciera.

Después ya no regresó del área de lanzamiento y cuando las cincuenta o sesenta horas llegaron a ser setenta y ochenta, decidió buscarlo. Para entonces ya conocía alguna gente en la base. Fue a ella, deteniéndose en la oficina postal en el camino. Los papeles del divorcio la aguardaban allí.

* * *

El mayor dejó caer su lápiz.

—Usted no sabía eso.

—Todavía no —aceptó él—. Lo habríamos descubierto de cualquier forma —se inclinó, buscando el lápiz y se golpeó la cabeza ruidosamente en la mesa. Preguntó—: ¿Por qué? ¿Por qué se divorció de usted?

—No lo hizo. Inició el proceso. Tenía que ser puesto en el calendario de la corte y luego oído en justicia y adjudicado y después hay una espera de noventa días..., usted sabe. Fui a un baile.

—¡Ah...! ¡Oh! —comprendió que ésa era una respuesta a su pregunta—. ¿Se divorció de usted porque fue a un baile?

—¡No!..., bueno, sí —cerró los ojos—. Iba al cinematógrafo de la base en ocasiones, cuando Wolf estaba trabajando. Fui a la sala y en lugar de cine había un baile. Me senté junto a una de las mujeres del expendio y vi el baile, y después de un tiempo su esposo me invitó a bailar. Lo hice. Sabía que Wolf me lo habría permitido si hubiera estado ahí..., pero él nunca iría ahí.

»Y miré por casualidad hacia la entrada, cuando pasamos bailando, y Wolf estaba parado afuera. Su cara...

Se levantó y fue hasta la repisa del hogar. Levantó una mano muy lentamente, mirándola moverse y pasó la yema de los dedos por la madera pulida.

—Toda contraída, toda... Tan pronto como terminó la música —murmuró—, salí corriendo hacia él. Lo hallé ahí.

El mayor pensó: «No se quebrante, por Dios. No se hunda mientras yo esté aquí».

—Extrapolación —observó ella—. Computaba y proyectaba todo lo que veía. Yo estaba bailando. Supongo que sonreía. Wolf nunca aprendió a bailar, mayor. ¿Puede imaginar cuán importante puede ser eso para un hombre capaz de hacer todo?

»Cuando salí, lo encontré igual que siempre, silencioso y controlado. Lo que estaba sucediendo en su interior, no quiero pensarlo. Volvimos a casa caminando y la única cosa que se habló fue cuando dije que lo sentía. Me miró tan asombrado, que no me atreví a decir más. Dos días más tarde, partió.

—En el *Starscout*. ¿No sabía que era miembro de la tripulación?

—No. Lo supe después. Wolf tenía tantas habilidades, que él solo era nueve décimas partes de la tripulación. Lo habían querido por mucho tiempo, pero él siempre se negaba. Creo que porque no podía soportar el compartir el espacio con alguien.

—Lo compartía con usted.

—¿Sí?

El mayor no replicó. Ella prosiguió:

—Eso iba a terminar. Estaba seguro. Podía concluir en cualquier momento. Pero el vuelo espacial era otra cosa distinta.

—¿Por qué se divorció de él?

La mujer pareció despertar con un estremecimiento.

—¿He estado hablando en voz alta? —preguntó.

—¿Qué? ¡Sí!

—Entonces se lo he dicho.

—Tal vez —aceptó.

Puso su lápiz en posición.

—¿Qué va a escribir? —cuando no recibió respuesta, agregó—: ¿Ya no estoy diciendo la verdad, mayor?

—Ahora no —contestó él con firmeza.

Lo inspeccionó con la mirada por segunda ocasión, viéndolo en realidad.

—Me pregunto qué estará pensando —murmuró.

El mayor escribió, cerró su cuaderno y se levantó.

—Muchas gracias por cooperar así —dijo rígidamente.

Ella afirmó con movimientos de cabeza. Él tomó su gorra y fue hasta la puerta. La abrió, titubeó y volvió a cerrar-